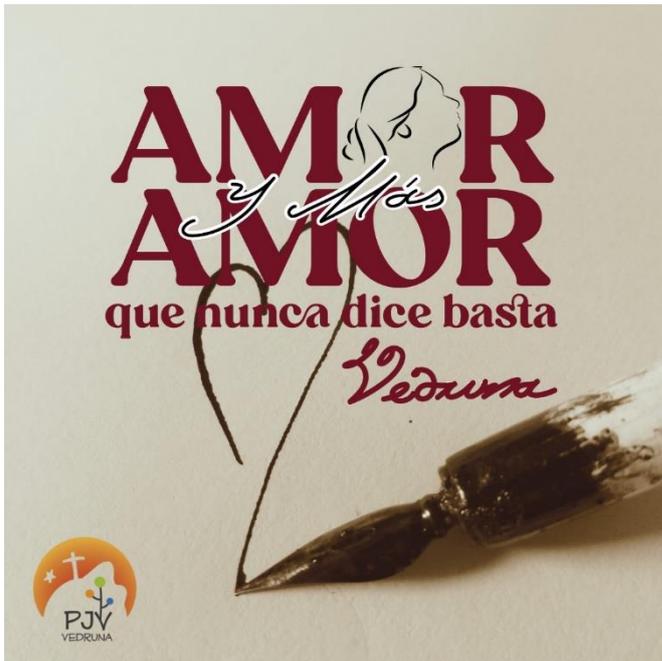


AMOR Y MÁS AMOR QUE NUNCA DICE BASTA



El amor es fundamental en nuestras vidas. Todos necesitamos experimentarlo, recibirlo, darlo, compartirlo, multiplicarlo... Es el núcleo de nuestras relaciones y, en muchas ocasiones, es motor y razón de nuestras decisiones y acciones. Al tiempo, es un concepto tan amplio y diverso como distintos somos cada uno de nosotros y como diferentes son las experiencias que de él tenemos.

Como Equipo de Pastoral Juvenil Vocacional Vedruna alentamos a que, durante este curso 2023-24

ahondemos en el significado de una expresión que Joaquina repitió con frecuencia: "AMOR Y MÁS AMOR QUE NUNCA DICE BASTA". ¿A qué amor, en concreto, se refería?, y ¿por qué su insistencia en hacerlo crecer?

Os invitamos a profundizar en ello a través de sus propias palabras y a que éste sea un elemento clave durante todo el curso. Que podamos orar con él, que sea materia de nuestros diálogos y que, ojalá, lo hagamos vida como Joaquina desearía para nosotros.

1. El amor en la vida de Joaquina de Vedruna

Joaquina conoció el amor desde pequeña a través de muchas personas. Recibió el amor protector y cuidadoso de sus padres y el fraterno de sus hermanos y hermanas, el amor fiel de Teodoro y el lleno de ternura de sus hijos. A lo largo de su vida se supo amada también por amigos a quienes confió sus búsquedas y deseos más profundos, y por aquellas jóvenes que se fiaron de ella y se mantuvieron a su lado en un proyecto de vida religiosa diferente al habitual y conocido hasta entonces. Pero, sobre todo, Joaquina se supo profundamente amada por Dios, a quien describe como "Padre amoroso" (Ep. 35) o "enamorado Jesús" (Ep. 35, 95). Es esta experiencia la que marcó su modo de actuar y de vivir, convirtiéndose en el eje principal de su vida y haciendo que ella también amara apasionadamente.

Esto lo sabemos por sus cartas y por los testimonios que de ella dieron quienes la conocieron. Joaquina amó profundamente a sus padres y hermanos, a su esposo e hijos. Y amó a Dios con todo su corazón y sobre todas las cosas. Tanto, que desde muy niña

deseó hacerle el centro de su existencia y consagrar su vida totalmente a Él. Ese amor, aquilatado con los años y acrisolado por las muchas vivencias que atravesó, fue el que la llevó a abrir su corazón y alargar sus brazos, a tener los ojos y los oídos bien abiertos a la realidad que le rodeaba y a desear ser, entre los más necesitados, mediación del amor divino.

2. “Amor y más amor que nunca dice basta”

En Joaquina vemos hecha vida la expresión del evangelio de Lucas: “de la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6,45). Rebosaba tanto amor de su corazón que lo transmitía con su vida y con sus palabras. El término “amor” aparece en más de cincuenta ocasiones en las cartas que conservamos de Joaquina. Prácticamente en todas hace referencia al amor que Dios nos tiene o al que hemos de tenerle nosotros a Él. Un amor que desea esté vivo en todos: en sus hijos, en las Hermanas y en ella misma. Por eso lo suplica y lo aviva de manera vehemente, utilizando en numerosas ocasiones la simbología del fuego para expresar esa pasión capaz de inflamar corazones y llenar el mundo del amor de Dios.

La expresión “amor y más amor que nunca dice basta” se encuentra, de manera completa, en tres cartas. Dos de ellas dirigidas a la H. María Casanovas (las cartas 95 y 118; en diciembre de 1845 y junio de 1847 respectivamente) y otra a la H. Mercedes Masjoán (carta 100, en septiembre de 1845). En otras tres epístolas hallamos solo la primera parte de la frase: “amor y más amor”. Son cartas dirigidas a estas mismas hermanas (cartas 98 y 108, de mayo de 1845 y noviembre de 1846 respectivamente) y a su hija Teodora (carta 77, fechada en abril de 1838).

Esto nos indica que estamos ante una fórmula habitual en Joaquina. No la dirige solo a las hermanas, sino también a su propia hija, y la encontramos en un margen amplio de años, desde 1838 hasta 1847. Parece, pues, que nos encontramos ante una expresión con la que Joaquina señalaba una dimensión crucial para ella, un sentimiento de vivo afecto que desea quede grabado y se haga vida en todos sus seres queridos y, por ello, también en nosotros.

No resulta fácil escoger una carta de entre las seis que hemos citado. Cada una de ellas, en su sencillez, nos revela algún aspecto de Joaquina, dándonosla a conocer en toda su humanidad y practicidad, pero también en su madurez personal y en su profunda y apasionada relación con Dios.

Elegimos la última de las cartas señaladas, la de 1847. Está dirigida a una Hermana a la que quería mucho, María Casanovas, pero también a Rosa Huter de San Cayetano y Mercedes Masjoán, Hermanas destinadas en la comunidad que se encontraba en el hospital de Solsona.

Carta 118, a la Madre María Casanovas:

Vic, 25 de junio de 1847

Carísimas y amadas hijas, madre María, hermana Rosa y hermana Mercedes:

Aunque os había escrito que iría ahí, por ahora he suspendido el viaje y por este motivo os escribo esta carta.

Hace dos días que llegué de Olot, por donde pasé después de haber instalado a las hermanas en Ribas. En Olot me detuve ocho días para formalizar los contratos. Ya nos hemos puesto de acuerdo, gracias a Dios.

Si hace buen tiempo, tal vez vaya ahí después de la fiesta de santa Teresa. No os lo prometo. Encomendadme a Dios para que todo suceda como Él quiere.

Saludos al padre confesor, al doctor José Viladot, a sus sobrinos, a don Félix y demás conocidos. A todos los amo en el Señor.

Amadas hijas, no durmamos; amemos a Dios sin cesar. Solamente el Señor, creador de cielos y tierra, ha de ser nuestro descanso y nuestro consuelo.

*En fin, amor, **amor y más amor, que nunca dice basta**. Cuanto más amemos a Dios, más desearemos amarle.*

Recibid, en el Corazón de Jesús, el corazón de vuestra Madre espiritual,

Hermana Joaquina del Padre san Francisco

Al margen: Saludos de todas las hermanas.

3. Contexto

Como decíamos, Joaquina dirige la carta a tres Hermanas. María Casanovas era una joven de Santpedor que había sido acompañada por el padre Esteban, el mismo con quien Joaquina discernió la fundación de la Congregación. María no se incorporó al proyecto ese 26 de febrero de 1826, pero lo hizo solo un mes más tarde y se mantuvo constante y fiel en su seguimiento a Jesús como Carmelita de la Caridad. Más de veinte años después, cuando es escrita esta carta, María es la superiora del hospital de Solsona, una de las cuatro casas que siguieron funcionando durante los tres largos años de exilio de Joaquina en Francia. Todo ello explica la especial intimidad y cariño que ambas se tenían y que se observa en las cartas que se conservan.

A Mercedes Masjoán también le dirige varias cartas. En una, escrita solo tres meses después de la que hemos leído, le propone tomar un santo patrón y que éste sea san Rafael, de modo que, a partir de ese momento, la llamará H. Mercedes de san Rafael. Antes de llegar a Solsona, Mercedes había estado un tiempo en la Casa de Caridad de

Barcelona tras finalizar el noviciado. Es pues, su segundo destino y es todavía joven. Joaquina la trata con mucho cariño en sus cartas. Por ellas sabemos que le manda noticias de su padre cuando se lo encuentra en algún lugar y que otras hermanas suyas debieron también entrar en la Congregación (Ep. 96); que se preocupa de su salud física y espiritual (Ep. 145), que se alegra cuando sabe que va a recibir una carta suya todos los meses para saber cómo va todo tanto por el hospital como por la comunidad... En algún momento la llama directamente “hija Mercedes” (Ep. 130) y, al realizar una nueva fundación en Falset, se la encomienda a ella nombrándola superiora de la casa (Ep. 156).

A Rosa le escribe cada vez que se dirige a la comunidad de Solsona. Esta Hermana debió tener una salud muy frágil desde joven y Joaquina se preocupa mucho por ella, le envía fármacos y remedios, la anima a cuidarse de manera integral, a mantenerse serena: “que se tranquilice, conociendo que únicamente Dios es nuestro bien, nuestro consuelo y quien todo lo ve” (Ep. 102), y a no perder la confianza: “Hija, di a la hermana Rosa que, si en la juventud no ha estado buena, tal vez el Señor le conceda esta gracia en la vejez” (Ep. 156). A través de sus palabras le muestra el gran cariño que tiene hacia ella.

Estamos en 1847. Joaquina tiene 64 años y se encuentra en un momento de plena expansión de la Congregación. En 1843 había regresado de Francia, donde vivió el exilio durante tres años. Ese fue un tiempo muy duro y complejo, en el que Joaquina, además de la incertidumbre de hasta cuándo duraría esa situación, experimentó la imposibilidad de acompañar a las comunidades de cerca, el cierre del noviciado y la muerte de tres Hermanas en Perpignan. Otras Hermanas, en España, habían abandonado el proyecto, pero la obra se había mantenido en pie¹.

Ahora, ya de vuelta a Vic, se encuentra con muchas peticiones de presencia de Hermanas en diferentes pueblos de Cataluña y con solicitudes de jóvenes que deseaban ser Carmelitas, lo que hizo posible reabrir el noviciado. En la carta cuenta a las Hermanas que una comunidad se acaba de instalar en Ribas y que en Olot ha podido formalizar los contratos para la llegada de una nueva comunidad. En Ribas se harán cargo de la educación de las niñas y cuidarán enfermos en sus casas, pues el hospital que existía no se encontraba en buenas condiciones; en Olot se harán cargo del hospital.

4. Amar por encima de todo

Antes de estas fundaciones se habían constituido otras comunidades para atender las necesidades de otros pueblos de la zona. El buen hacer de las Hermanas en el cuidado a las personas enfermas y en la enseñanza a las niñas se va transmitiendo de boca en boca y a Joaquina le llegan peticiones de distintas localidades de Cataluña. En cada una de las

¹ Joaquina se refiere a esta época diciendo: “Aunque ha pasado el tiempo tan malo, Dios ha cuidado de todas mis amadas Hijas espirituales como se cuida de los pájaros... Todo esto nos da a todas nueva vida y fuerzas espirituales para continuar con lo comenzado...”. Cf. *Adiciones a las Santas Reglas*.

nuevas fundaciones, Joaquina realiza con esmero y eficacia todos los trámites, asegurando cada detalle para que se pueda llevar a cabo adecuadamente la misión, pero también para que las Hermanas tengan las condiciones necesarias para cuidar los aspectos espirituales y comunitarios, tan importantes en la vida religiosa que van configurando.

En medio de todo ello y sin dejar de poner, por su parte, un ápice de esfuerzo, encontramos en Joaquina una absoluta confianza en Dios. Fijémonos en la expresión con la que pide a las Hermanas que recen por ella: “encomendadme a Dios *para que todo suceda como Él quiere*”. No dice “encomendadme a Dios para que todo salga bien” sino para que todo suceda según su voluntad. No tiene duda de que ese “como Él quiere” es lo mejor que puede suceder, sea cual sea el resultado.

También, en una carta tan breve, llama la atención que junto a la expresión que hacemos lema este curso existen otras muchas referencias al amor. Cuando Joaquina escribe a sus Hermanas no se plantea dar una catequesis o hacer reflexiones sobre un tema. Lo que dice le brota del corazón porque lo que transmite es su experiencia cotidiana.

Varias veces se dirige a las Hermanas llamándolas “**amadas** hijas” y al saludar a todos los conocidos de Solsona, expresa con naturalidad “a todos los **amo** en el Señor”. El deseo de Joaquina es que Dios sea el centro de la vida de las Hermanas: “hijas, no durmamos, **amemos** a Dios sin cesar”, “cuanto más **amemos** a Dios, más desearemos **amarle**”. Y ahí la frase: “**amor, amor y más amor, que nunca dice basta**”.

El amor al que se refiere es el amor a Dios. Un amor empeñado y constante al “Señor, creador de cielos y tierra”, quien “ha de ser nuestro descanso y nuestro consuelo”, un amor que en Joaquina se concreta en el servicio y el amor a los hermanos, especialmente a quienes se hallan en mayor necesidad.

Con inmenso cariño Joaquina alienta a la perseverancia: “no durmamos”, no nos despistemos, no pongamos nuestro corazón en lo temporal o superficial, sino solo en el Señor. Porque el verdadero descanso y consuelo, quien de verdad puede sostenernos en la vida y ser nuestra tregua y respiro solo puede ser Dios. A Joaquina le importa el trabajo bien hecho, ella misma ha dedicado varios días al quehacer que le tocaba, pero se incluye en ese deseo profundo: no olvidemos lo importante, “amor, amor y más amor, que nunca dice basta”. Amor a Dios, al Sentido de nuestras vidas, al Fin de todo lo que hacemos. Y, desde Él, amor a todos, sin distinción y sin límite.

Desde esa explosión de amor, Joaquina entiende la entrega absoluta de la vida. Ella misma desea hacerlo: “recibid el corazón de vuestra Madre espiritual” y hacedlo ahí donde todos nos podemos encontrar, en el hogar común para todos: “en el Corazón de Jesús”.

5. A la luz de la Palabra

En los evangelios se nos da a conocer que el deseo principal de Jesús es que amemos a Dios y nos amemos entre nosotros: “Este es mi mandamiento principal: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12), “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer mandamiento y el más importante. El segundo es semejante a éste: amarás al prójimo como a ti mismo” (Mt 22,37-39).

Amar a los demás como Jesús nos ama a nosotros. Esta es la clave. Jesús, a lo largo de su vida, nos enseñó el amor concretado en la escucha, cuidado y atención de mujeres, niños y enfermos, de los últimos de su sociedad. Con sus palabras nos transmitió la importancia del perdón y del amor a todos, incluso a los enemigos (cf. Mt 5,44). Y en su entrega en Jerusalén, acogiendo su pasión y muerte, nos mostró el amor hasta el extremo: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Su amor, por tanto, nunca dijo basta. Amó sin cesar y siempre más. Amó sin medida. Amó hasta el final.

Los discípulos, a su lado, comprendieron que el amor era seña de identidad de quien deseaba seguir a Jesús y ser como Él. Un amor que se encarna en lo concreto de la acogida y cuidado del más necesitado: “porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme” (Mt 25,34-36). Un amor paciente, bondadoso, sin envidia ni orgullo ni jactancia, sin egoísmos y sin llevar cuentas del mal. Un amor que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta (cf. 1Cor 13,4-7).

6. ¿Cómo hacer vida este lema hoy?

Os invitamos a responder a esta pregunta. Como hemos visto, Joaquina concretó el amor al que Jesús nos invita y experimentó que el amor que sentía hacia Dios le llevaba a amar a todas las personas. Sobre todo, a quienes sufrían por alguna causa e, incluso, a aquellas con quienes podía tener alguna dificultad.

¿Cuál es mi experiencia?, ¿puedo reconocer en mi vida cuánto he sido amada, amado?
¿A qué me lleva ese amor? ¿Experimento el deseo de que otros puedan saberse también amados? ¿Cómo hacer crecer mi amor? ¿Me doy cuenta de los límites que pongo a la hora de concretar mi amor?, ¿cómo puedo superarlos para hacer vida el deseo de Joaquina: “amor y más amor que nunca dice basta”?

Que estas preguntas nos ayuden a ahondar en una experiencia esencial como creyentes, clave como Familia Vedruna. Estamos seguros de que Joaquina no dejará de solicitarle al buen Jesús que nos ayude a hacerlo vida. ¡Feliz curso 2023-2024!